

“Déborah, ¡entona un cantar!”

Una aventura que vale la pena

¡**H**ola amigos! Creo que no me he levantado con buen pie. Hay una palabra que me repele y es que, tener oreja para las palabras, es una manera como cualquier otra de sufrir. Algunas suenan mal. Y viene el recelo.

Durante años, no sé por qué, he tenido manía a la palabra “idóneo”. Me sonaba a insulto. O a cursilería. El diccionario y el tiempo me han hecho cambiar. Resulta que ser “idóneo”, con perdón, no es más que “tener aptitud para una cosa”.

Si nuestra modista no es “idónea” para la aguja, iremos por ahí, como si nos vistieran los enemigos. Y si los dentistas no fueran “idóneos”, no conservaríamos otras muelas que las dañadas. En otros aspectos, la cosa no se ve tan fácilmente. Y más vale alegrarnos porque la escasez de idóneos y de idóneas que se puede dar en el mundo, nos abrumaría.

¿**E**se ser “idóneo” que requiere cualquier oficio, no será también necesario para esa cosa alta y ancha que es el vivir? Nos entra la duda. No sabemos si habrá un hondón en nuestra vida. Si a fuerza de prejuicios o inhibiciones no sabemos, como pájaros hechos a la jaula, esponjarnos en el cielo infinito.

Recuerdo un dialogo desgarrador de Tagore. “El pájaro libre cantaba. Amor volemos al bosque. ¡Ay!, decía el pájaro preso. ¿Sabré yo posarme en el cielo?”

Cuando la “idoneidad” se aplica al oficio de vivir la propia vida, se llama “ipseidad” ¿a que suena mucho mejor? Es la aptitud para ser uno mismo, para realizarnos plenamente como personas. ¿Quién se anima?

Se trata de asumir nuestro yo, tal como es, para encauzarlo a su vocación esencial. Es abrirnos a nuestra personalidad auténtica. La empresa no es fácil. Todos conocemos nuestros límites, nuestras insuficiencias y defectos. Si a esto se unen los posibles fallos de salud, las preocupaciones de cada día, el peso de la herencia... Y, sin embargo, la aventura vale la pena. Encontrarnos con nosotros mismos es lo más serio que podemos tener entre manos.

En el fondo, es andar un camino. Un desarrollo por etapas que es como un juego de pronombres. Yo, tu, nosotros, El. Son en realidad cuatro fases que nos impone a todos la vida misma:

- Autenticidad personal;
- Capacidad para amar al otro;
- Actitud para convivir con los demás;
- Necesidad de un encuentro en la tercera fase.

Cuando eludimos algunas de estas tareas vitales, se perturba la unidad de la persona. Algo queda atrofiado y nuestro ser lo acusa. Es el origen de muchas neurosis.

¡Ojo! Todo el recorrido con humor. ¿Hace?

Déborah.

